

CENTRO AMERICA ANTE LOS VIAJEROS DEL SIGLO XIX

Un Viaje al Nuevo Mundo

Karl Sapper

. . . El 9 de noviembre paseaba yo en las bonitas y limpias calles de la pequeña y floreciente ciudad de Belize, y en la mañana del 10 de noviembre ya estaba sentado en el único *Hôtel* de Livingston, un puerto guatemalteco, tratando de tener paciencia, a la espera del momento de poder continuar mi viaje, ya que el vapor fluvial que me iba a llevar a Panzós, había partido el día antes de mi llegada, y hasta su regreso, no le era posible pensar en seguir camino a una persona con tanto equipaje.

Se dice que Livingston es un lugar aburrido, y lo creo, porque el lugar no ofrece nada en especial fuera de su bonita ubicación; hay poco movimiento, la cantidad de europeos que viven en él es limitada. Grandes paseos lo prohíbe la selva, con sus plantas trepadoras; caminos no existen, y los pocos soldados descalzos que forman la guarnición los admira uno suficientemente en poco tiempo. Pero por suerte, el científico de las ciencias naturales nunca llega a aburrirse, aun estando en un lugar tan limitado, así que pronto dediqué mi tiempo a las observaciones botánicas y geológicas.

Si ya el botánico en nuestra patria se ve suficientes veces en apuros cuando se encuentra, por ejemplo, a orillas de un arroyo o un peñón, y su sombrilla, casi siempre por pocos centímetros, no alcanza los objetos, se desespera muchas veces en el trópico: cuando mira las más bonitas flores de las plantas epifitas y trepadoras, en lo alto de los árboles, a donde no puede llegar; o cuando con mucho esfuerzo penetra

Karl Sapper, un geólogo alemán, visitó Guatemala por primera vez en 1888, permaneciendo en el país hasta 1900. Después de esta fecha viajó a Centro América en varias ocasiones, dedicándose a los estudios geográficos (a él se debe la confección del primer mapa moderno de Guatemala), etnográficos y botánicos. Pertenece al selecto grupo de científicos germanos (Karl von Scherzer, Otto Stoll, Erwin Paul Dieseldorff, Franz Termer) cuyos pioneros trabajos en los campos de la geografía, etnohistoria, lingüística, etnología y arqueología continúan siendo clásicos en la actualidad.

Las impresiones de viaje que publicamos actualmente son extractos de su obra inédita en castellano *Das Nördliche Mittel-Amerika nebst einem Ausflug nach dem Hochland von Anahuac; Reisen und Studien aus den Jahren 1888-1895,* publicada en Braunschweig en 1897. Traducción de Evelin Paap.

más al interior de la selva y ve entonces alrededor suyo casi sólo troncos y enredaderas de tallos trepadores sin hojas. Sin embargo, el botánico aún tiene suerte en comparación con el geólogo: el botánico por lo menos puede ver sus objetos; al geólogo, sin embargo, le tapa la vegetación toda la información, la cual seguramente encontraría fácilmente a un poco de mayor altitud. De lo anterior, se comprende muy bien que el científico de las ciencias naturales al trabajar en el trópico tiene muchas veces un éxito frustrantemente pequeño en comparación con el trabajo dedicado. Qué suerte para mí el tener un carácter optimista, pues ¿quién tendría ganas de trabajar si no aliviara el rayo de la esperanza las sombras de las decepciones?

Mientras estaba en pleno trabajo y trataba de aumentar el número de plantas recolectadas, así como los argumentos respecto a una depresión de esta costa, repentinamente me fue comunicado una bella mañana, con la típica falta de consideración americana, que en hora y media iba a salir el vapor hacia Izabal; de tal manera que apenas tuve tiempo de ordenar mis cosas, olvidando naturalmente muchas otras, que después eché bastante de menos, como ácido clorhídrico y amoníaco.

Finalmente, entré el 15 del mes a tierra guatemalteca.

La ruta se inicia por una entrada de una belleza realmente incomparable. A semejanza del Rin, que tuvo que romper la esquitosa montaña, el Río Dulce ha tenido que abrirse paso hacia el mar pasando por una montaña plisada de piedra caliza, creando así, un valle profundamente cortado. Pero aún comparándolos, ¡qué inmensa diferencia de escenario! Allí muestran altivos castillos y florecientes ciudades el valeroso pasado y el poderoso presente, y el agitado movimiento en la orilla y en el río mismo indica a medias el tumultuoso día; en cambio aquí, las pocas plantaciones que existen a orillas del río, son precursoras de la cultura que está por desarrollarse, y el silencio del amanecer predomina aún por todas partes. Allí, cuentan las filas militares de los campos de vid que la madura naturaleza se subordinó a la voluntad humana, aquí en cambio, vive la naturaleza aún en completa libertad y con la desenfrenada travesura de la juventud. Por cierto que es una desbordante alegría de la madre naturaleza sembrar árboles de altos troncos en pendientes de 40° a 70°, y ella misma parece reconocerlo, al atarlos a todos con cientos y miles de plantas trepadoras. Y todo esto lo reviste lujosamente con verdes guirnaldas, adornando este sonriente ramo con las brillantes flores de orquídeas y begonias. Frente a tal ostentación del mundo vegetal se empequeñecen los cuadros de la vegetación del Lago de Garda, de la Riviera o de

Nápoles, y hasta el mismo encanto de las cortezas de papiros de las fuentes del Kyane palidecen ante la variedad de la expresión de vida del trópico. Cada récodo del río, cada giro del barco abre nuevas y sorprendentes vistas: aquí la naturaleza imita, en jocoso juego, un mástil con sus jarcias, a través de un delgado cocotero con colgantes de lianas deshojadas, allá se esfuerza por ocultarse con la vista por medio de zarcillos verdes un muro blanco liso y calizado. En otra parte, la naturaleza envolvió completamente a un árbol con plantas que crecen exuberantes, mientras a su lado, por el contrario, la copa de otro se alza al aire fantasmalmente delgada. Uno no puede terminar de admirar toda esta cambiante belleza y ve con pesar como los colgantes se tornan cada vez más bajos mientras el río se ensancha hacia el extenso "Golfete". Contento, por el contrario, saluda al nativo *Caraíbe* el agua abierta, pues cree que el diablo vive en el estrecho valle; ya que cuando se llama en voz alta el mismo Belcebú regresa las palabras. ¡Cuánta superstición puede producir un inocente eco!

El Golfete, y más aún el cercano Golfo Dulce son lagos muy bellos que ejercen un inexpresable encanto en la grandiosa quietud del trópico. Así se dice. Yo no lo sé, ya que casi siempre estuvo lloviendo mientras lo pasaba, y no fue sino hasta la llegada a Izabal, que empezó el buen tiempo. ¡Pero quién puede tener sentido por las bellezas naturales cuando las insensibles manos de un aduanero tocan rudamente aquellos instrumentos tratados siempre con el mayor cuidado! Apenas sí había comenzado el registro, cuando cayó la noche y como el vapor "Cobán" tenía que continuar su marcha en la madrugada, tuve que dejar ocho cajas en la aduana de Izabal si no quería permanecer yo mismo varias semanas en este pequeño lugar. Lo tuve que hacer con todo el dolor de mi corazón, y con mas razón aún, por cuanto se encuentran en boca de todos historias poco agradables acerca del trato aduanero en este lugar. Por ejemplo, a una firma alemana le fue confiscado hace poco un envío solo porque le faltaban algunos objetos que estaban anotados en la declaración.

Al vapor "Cobán", sin embargo, no le importaban mis penas. Cuando desperté, a la mañana siguiente, ya me encontraba en el bello río Polochic. Gigantescas ciperáceas y gramíneas, exuberantes palmeras y otros árboles tropicales crecían en las orillas, ruidosos papagayos volaban en grupos sobre el río, mientras flacas aves acuáticas balanceaban lentamente su cabeza en el delgado cuello. Pero tampoco esta maravilla del escenario tropical le importaba al vapor que luchaba con toda su fuerza contra la corriente del río. Poco a poco disminuyó la

abundancia de la vegetación, algunas palmeras desaparecieron y en su lugar aparecieron gigantescas ceibas y prados como lo de los países nórdicos; al vapor esto no le importaba nada, y hasta en la noche se permitió un descanso, quedando tranquilo junto a la orilla del río. Silenciosamente golpeaban las aguas el barco, silenciosamente se bañaba la ténue luz de la luna en las rítmicas olas, silenciosamente permanecieron en fiel guardia los gigantes de la selva a ambos lados del río, hasta que loros parlachines anunciaron al cercano Eos. Todo pareció descansar en la callada noche. Sin embargo, eso solamente era vacía apariencia: legiones de mosquitos se habían acuartelado desde hacía días para atacar por sorpresa inocentes viajeros, y en lucha desigual con incontables alados enemigos se me pasó la larga, larga noche, sin poder cerrar los párpados. Nunca antes había deseado con tanto anhelo que llegara el amanecer, y al primer rayo del dorado sol salvador lo saludé con júbilo y gran placer.

A las 10 de la mañana del 17 de noviembre llegamos a Panzós, una miserable aldea de pocas casas. Allí me recibió mi hermano con los brazos abiertos, y a continuación seguimos a caballo por tres días, atravesando ríos y veredas, bosques y campos, aldeas y soledades, hasta que finalmente divisamos la maravillosamente situada ciudad de Cobán, con sus orgullosos edificios públicos en medio de un bello terreno ondulado. Poco después, disfrutábamos del bien merecido descanso en Chimax (la cercana plantación de cafetal de mi hermano). Todavía están bien grabadas en mi memoria algunas escenas particulares de murmulantes aguas y maravillosos bosques, de majestuosos valles montañosos y bellos cuadros de vegetación (de carácter subtropical), de mal hospedaje y comida todavía peor en los pueblos indígenas; ya que no es sino en el interior en donde se encuentran los indígenas en gran cantidad, mientras que en la costa se les ve muy individualmente. Pero todo eso no desvanece con los vivos recuerdos del cansancio y fatigas que me produjeron los desacostumbrados viajes a caballo que tuvimos que hacer por malos caminos.

Pero después de pocos días de descanso desapareció el cansancio, y ahora comienzo a aclimatarme en el Nuevo Mundo. Y cuando veo florecer las rosas delante de mi ventana y me penetra el olor de las diversas flores, pienso en la vieja patria que se encuentra ahora en invierno, petrificada por el hielo y la nieve, ¿quién no quisiera allá cambiar conmigo? Sin embargo, cuando pienso en mis padres y amigos, en el idioma materno y en la vida acojedora, siento los fuertes lazos que unen a la patria a todo aquel que esté lejos de ella. Al sol que da luz

y calor a todos los pueblos y países del ancho mundo le digo en estos momentos: “ ¡Salúdame a la cara patria! ¡Auf Wiedersehen! ”

Una excursión a las selvas de la Alta Verapaz (Guatemala)*

Cobán, 16 de octubre de 1889

Un bonito día de junio del año de 1889 salí una vez más de la ciudad de Cobán y marché hacia mis montañas y bosques. Digo “una vez más” porque el mismo acontecimiento se había repetido con frecuencia en el transcurso del último medio año. Y llamo “mi” a la selva montañosa del norte de la Alta Verapaz no solamente por haber sido y porque será por largo tiempo mi campo de trabajo sino que también porque la quiero y la aprecio, a pesar de los esfuerzos y las privaciones que ahí se suelen tener. Mis acompañantes eran un intérprete (ya que el extranjero solo lentamente adquiere el conocimiento necesario de los dialectos indígenas debido a la completa falta de medios auxiliares) y algunos cargadores indígenas, quienes como es costumbre aquí, cargaron mi equipaje a las espaldas por medio de una cinta que ciñen a la frente. Si me es permitido referirme en pocas palabras a mi traje y a mis utensilios, diré que se parecía (fuera de algunos cambios convenientes) al de alguien que pasea por los alpes: traje de lana de cazador, un abrigo para el mal tiempo, botas de montañés y sombrero de corcho o sombrero de fieltro de ala ancha con sudario multicolor; cuchillo de caza y revólver completaron el equipo. Junto a los mencionados instrumentos homicidas colgaban pacíficamente mi martillo y bolsas de cuero para mi altímetro, brújula y libreta de apuntes.

Pronto llegó nuestra pequeña caravana, a través de una buena carretera, al gran pueblo indígena de San Pedro Carchá (1280 m), situado pocos kilómetros al oriente. De ahí nos dirigimos hacia el noreste. Dejamos el valle del río Cobán con sus amigables plantaciones de café y un agradable camino de herradura de poca subida nos condujo hacia las montañas de Pocolhá. Milpas nos acompañaron en nuestro camino, mientras que bosques de abetos nos saludaban desde las cimas de los altos cerros. La población aquí ya es puramente indígena y

* Confróntese el suplemento del *Allgemeine Zeitung* (Munich), núm. 336 (4 de diciembre de 1889): 1-2.

correspondientemente es también nuestro hospedaje: como *Hôtel* sirve por lo general la "Ermita", una choza abierta, cubierta en muchos casos de palmeras, la cual es al mismo tiempo la iglesia, el cementerio, la cantina, y el salón de baile de los indígenas, un conjunto de propiedades, como completamente corresponde al ingenuo carácter de la población. (En caso de emergencia el viajero también encuentra complaciente hospedaje en las chozas de los indígenas.)

En la Ermita de Chirixquiché (1440 m) pasamos la primera noche y saliendo temprano llegamos, hacia las 10 de la mañana, a las pocas casas dispersas de Sacaranilá (1700 m), situadas en los bajos valles alpinos de la montaña de Pocolhá. Antes del calor de mediodía estábamos a las alturas del paso de Nimlätzul, que quiere decir "montaña grande" (1800 m), a la sombra de la selva, la cual no abandonamos por mucho tiempo.

Me preguntan qué se entiende por una "selva" y debo reconocer que no sabría dar una explicación completa de la palabra; es precisamente un bosque donde la mano del hombre aún no ha intervenido para destruir o cambiar; en pocas palabras un bosque como lo deja crecer Dios en su libre naturaleza. De ello resulta que la selva puede ser tan variada como cualquier otro fenómeno natural tomando en cuenta las condiciones climáticas, las propiedades del suelo y la influencia de las plantas entre sí. Y realmente la selva se muestra en la limitada región de la Alta Verapaz diferente a como se encuentra en las tierras "fría", "templada" o "caliente".

Se podría creer que la selva a considerable altura, o sea, en "tierra fría" se pareciera más a nuestros bosques que la situada en lugares más bajos, pero uno se podría equivocar. Es cierto que a altitudes no dominan mucho las plantas trepadoras y parásitas, por lo que la selva parece mas abierta y tranquila, y se aproxima en cierto modo a nuestro frondoso bosque nativo. Pero si observamos las distintas formas de las plantas, nos vemos transportados a una lejana época terrestre: la mayoría de los árboles selváticos son plantas dicotiledóneas, pero aquí los característicos en el escenario del bosque son los árboles de helechos, los cuales llaman la atención del viajero tanto por su distinguida apariencia como por su singular presencia. Mientras que sólo de vez en cuando existen al sur de la montaña de Pocolhá, la cercana cumbre avisa con gran seguridad su súbita existencia en grandes cantidades, al mismo tiempo que desaparecen pinos y otras clases de plantas vistosas. Encima de la cumbre y en la altamente húmeda pendiente hacia el nivel de la montaña se encuentran los árboles de

helechos, a veces—aunque raramente— en tal cantidad, que el ojo no ve ninguna otra planta; de tal manera, que una buena pintura de estos bellos grupos de árboles daría una impresión ideal de la edad del carbón de piedra.

Debido al corto tronco de estas plantas criptógamas forman sus copas un segundo techo de hojas bajo los altos árboles dicotiledóneos. En “clima templado” (entre 500 y 1500 m de altura), por el contrario juega este papel un ejército de arbolitos monocotiledóneos, pequeñas palmeras, cuya apariencia agradable y graciosa se encuentra en extraño contraste con la seria imagen de los helechos, con los cuales a veces aparecen mezclados a mayor altura (800 a 1000 m). La imagen de la selva se vuelve más variable y atractiva en la zona templada. Junto al crecimiento más exuberante de los árboles se encuentran también tantos amigos inoportunos como molestos enemigos en una mayor proporción: numerosas plantas epifitas, en especial bellas orquídeas florecientes, se establecen en el tronco y en las ramas, en donde además, se encaraman plantas trepadoras de muchas hojas, y en bellas arquedas líneas cuelgan lianas de las copas, por un lado unidas a la tierra, y por el otro, terminando libremente con sus raíces aéreas. No obstante todo este follaje confusamente entrelazado todavía penetra la luz al bosque, pues los rayos del sol reflejados en las hojas, se desvían pero no se retienen. Bajo los pies del excursionista se siente un monte escasamente lujurioso, el cual muy a menudo crece cubriendo las sendas raras veces trilladas. Este monte bajo hay que quitarlo con el machete para poder hacer transitable las veredas. Todavía peor es en “tierra caliente” (a menos de 500 m sobre el nivel del mar), donde el bajo monte y las angulosas gramíneas enriquecidas de sílice predominan cada vez más, de tal manera que primero hay que abrirse un paso por esta fragosidad, el cual por obvias razones es generalmente tan bajo, que hay que caminar largas distancias encorvado. La belleza cedió ante la salvaje naturaleza: con exceso de vitalidad se amontona el mundo orgánico. En medio de la más alegre abundancia de la vida vegetal se nota un olor podrido desagradable cubierto parcialmente por ricos olores adormecedores. Aquí el excursionista tiene que pasar, aún más que en otros sitios más altos, sobre árboles caídos o arrastrarse debajo de ellos para poder seguir su camino.

Semejante ascenso de lo tranquilo a lo salvaje también se observa en el mundo animal, al subir la temperatura, es decir, con la disminución de la altitud. En ambos casos, sin embargo, el mundo animal no sale tanto a la superficie como se podría creer. En Tierra Fría:

hay silencio y quietud: solo raras veces se oye de día el canto de un pájaro o el zumbido de una abeja, y todavía con menos frecuencia se ve un venado o un armadillo. Pero con el anochecer comienzan a aumentar los ruidos (y en mayor grado en Tierra Caliente) haciendo escuchar sus voces los más distintos pájaros, insectos y roedores. En Tierra Templada, a fines del verano, suena todo el día el más bello concierto de cantores emplumados a través del impenetrable follaje del bosque. Y en poco tiempo puede el excursionista diferenciar una gran cantidad de cantos de pájaros, ya que lo alto del tono y la cadencia son en muchos casos fáciles de reconocer con bastante claridad, pudiéndose reproducirlos en notas musicales. En la tierra se observan de entre los principales animales con más frecuencia, además de bonitos escarabajos, grandes miriópodos, cómicos cangrejos de tierra y . . . culebras. Aunque poco a poco se acostumbra uno con el tiempo a su existencia, las culebras despiertan cada vez más un sentimiento desagradable, cuando se les ve, en su tranquila inmovilidad, enrolladas en el camino. Las especies existentes aquí son, en su gran mayoría, muy venenosas, pero no atacan fácilmente. En general no son peligrosas para el europeo, ya que no suben, con la malicia taimada de otras de su especie, a los árboles.* Un sentimiento desagradable también surge, cuando al columpiarse uno muy cómodamente en la hamaca, ve de repente caminar a un alacrán en la viga que se encuentra exactamente encima de uno. Pero también estos animales son inofensivos en el fondo, porque únicamente pican cuando se sienten en peligro. Peligrosos y a la vez sedientos de sangre son los numerosos pequeños demonios del orden dípteros, himenópteros, etc., contra los cuales inútilmente se trata uno de defender, y que quitan tantas horas de sueño. Peor es esta molestia en la "Tierra Caliente", la cual no sé, al fin y al cabo, cómo enaltecer. En lugar de los alegres cantores del bosque, encontramos por montones papagayos que gritan horriblemente, así como otros vocingleros de plumaje muy bonito. En los ríos se ven caimanes, y en los caminos no es nada extraño encontrar las frescas huellas del jaguar. Cada vez que miré tal huella e hice, según la misma, mi conclusión respecto al tamaño del animal, mi pacífico espíritu deseó intensamente no encontrarse mejor con semejante felino. Un deseo que hasta hoy siempre se realizó satisfactoriamente.

Esta recién mencionada selva montañosa que alcancé por

* *Nota del autor:* Así pensaba entonces, pero posteriores observaciones me han enseñado que la mayoría de las culebras de esta región sí son capaces de subir a los árboles.

Nimlatzul, colinda al norte con la llanura del Petén. Los poblados son raros y en grandes extensiones de Tierra Caliente faltan por completo. Una gran parte de estos poblados están habitados sólo temporalmente, cuando los indígenas llegan ahí únicamente a cultivar sus milpas y, más tarde, a cosecharlas. Como todos los poblados están habitados por indígenas, el excursionista se encuentra aquí completamente alejado de toda civilización, dependiendo totalmente de sus propios recursos. Los senderos están casi siempre en condiciones sumamente malas, debido a los montañosos y escarpados declives, y a la extraordinaria humedad del clima. Es ventajoso estar preparado a tales caminos, por lo menos hasta cierto modo, por haber hecho caminatas en los Alpes. Ropa y zapatos sufren notablemente. Y tengo que afirmar que en ciertos días he trabajado más con aguja y tijera, que con martillo y brújula. Algunos conocimientos de cocina son aquí también convenientes. Hasta sería bueno que uno hubiera llevado anteriormente un curso de equilibrista ya que no sólo hay que pasar muchas veces por encima de árboles caídos sino también se encuentran troncos de árboles usados como puentes para cruzar por encima de los ríos. Cuando llueve, sucede fácilmente que el viajero, al pasar un puente resbala y toma un baño involuntario, lo que ya le ha pasado también a quién escribe estas líneas. En fin aquí se puede utilizar todas y cualquier habilidad, útil en cualquier sentido para fines prácticos.

Si uno, además, ha llevado consigo un poco de energía y paciencia, puede ir tranquilamente a los bosques, cuya especial belleza ganará pronto el corazón de cualquier persona. Es cierto que aparecen ciertas perturbaciones que molestan temporalmente el disfrute sano de todo lo bello: el calor sofocante de los días claros, la humedad del camino durante la lluvia, la frecuente falta de agua potable, etc. Todo eso baja bastante el ánimo del excursionista. Las excursiones nocturnas bajo el resplandor de las antorchas—como las que tuve que pasar también ocasionalmente—tampoco forman parte de las cosas agradables de la vida en la selva. También la vegetación es en muchos casos enemigo del excursionista. . . en ninguna parte del mundo esta lucha es más reñida y más inútil que aquí: espinas se esconden perfidamente bajo el musgo y los líquenes; el principiante acostumbra agarrarse especialmente de árboles traicioneros, raíces muy elevadas se ponen inesperadamente en medio del camino para que el intruso tropiece, y arbustos trepadores lo detienen y le roban sombrero y anteojos. En fin, existe una interminable abundancia de dificultades que no pocas veces amenaza con alterar el buen humor del viajero.

Pero por otra parte, se viven aquí también momentos que otorgan la más grande satisfacción. Qué bonito es, además de sorprendente, salir de la oscuridad de un bosque y entrar de repente a un claro: bonitas milpas rodean las cabañas cubiertas de palmeras, pareciendo que gigante solitario de la selva quedó parado en algún lugar del cual cuelgan pintorescamente lianas tan gruesas como un brazo. Al ama de casa le gusta dar al forastero el refresco común: agua tibia mezclada finamente con maíz. Generalmente se encuentra en *negligé* cuando la encontramos moliendo el maíz. Su atuendo consiste de una falda azul, en sus trenzas tiene cintas rojas y en el cuello una cadena de perlas (para completar el atavío de calle sólo se pone su güipil, que puedo definir con mis pocos conocimientos del lenguaje que usa una dama para nombrar su ropa, como un corto costal de un material liviano como para cortinas, en el cual hay una apertura en medio y dos en los lados, para la cabeza y los brazos). La ropa para los niños es en muchos casos más sencilla aún, y consiste para un niño en sombrero, para la pequeña hija de Eva en una cadena de perlas, mientras que otras de su misma edad renuncian inclusive hasta a estas humildes prendas de vestir. Todo es un cuadro de originalidad e inocencia patriarcal, que no se encontraría en Europa.

Y cuando se llega en el camino a un murmullante riachuelo y se descansa de los esfuerzos de la marcha, qué mejor que columpiarse en la hamaca y admirar el verdor de los maravillosos árboles, feliz y satisfecho, como si fuera el mismo Diós. Aunque llueva a cántaros y llegue uno cansado y mojado a cualquier Ermita, el sentimiento de desagrado se torna inmediatamente en bienestar en cuanto se viste con ropa seca, se toma una bebida caliente y se descansa bajo la segura protección de un hospitalario techo, mientras afuera las pesadas gotas caen lentamente de hoja a hoja, en tal forma que el bosque aún chorrea después que hace tiempos que terminó la lluvia.

Durante la caminata, sin embargo, nos alegraban y encantaban cada vez más las variadas imágenes de una viva vegetación de tantas formas. Y con gusto se remonta la mirada por encima de la cadena de cordilleras del norte y pasando la inmensa llanura del Petén. No se detiene sino hasta que se pierde en el infinito. Esto sucede, por cierto, cuando el excursionista ha alcanzado un lugar a cierta altura de vista libre. Pero siempre, y en todas partes, impresiona el fascinante susurro del bosque, la verdura y el eterno florecer de la vegetación, el encanto de una virgen naturaleza, el silencio y la soledad de todo el ambiente. Cada vez más se aprende a preferir la paz de una región salvaje, a la vida de la ciudad, con sus prisas, su agitación y sus disputas. ¿Qué de

particular tiene que yo y otros más digamos para nosotros mismos: "Aquí se está bien, dejad que construyamos viviendas aquí"?

De una pequeña ciudad de Centro América

Cobán, 6 de abril de 1890

Después de una larga estancia de contemplativa soledad había regresado a Cobán para pasar Pascua, siendo por un tiempo huésped en Chimax, la cercana propiedad de mi hermano. Casi me sentí de nuevo en la patria al oír el idioma alemán, tener relación agradable y de confianza con los alemanes que viven en la casa y por la forma y el modo de vida europeo. Realmente fácilmente hubiéramos podido olvidar que un océano nos separaba de Alemania, si algunas particularidades de la vida, especialmente el clima y la población indígena, no nos hubieran recordado que estábamos en el extranjero.

El mobiliario de la casa de Chimax es totalmente europeo y sólo en algunos puntos sin importancia se diferencia de una casa alemana. Pero aun así, no me gustaría que una ama de casa alemana mirara el interior de los cuartos porque pudiera sentirse profundamente ofendida en su sentido del orden: predomina el régimen doméstico de un soltero, en el más estricto significado de la palabra. Falta la mano cuidadosa de una mujer, que colocara de regreso en su lugar las cosas dispersas que se encuentran en todos lados, y que penetrara incluso con su mirada en el misterio de la oficina, para poner orden. Únicamente el personal doméstico suele aquí, más o menos, regular el desorden, pero a su modo, por cierto; esto quiere decir, no poniendo correctamente todo en su lugar, como lo quiere el europeo pedante y escrupuloso, sino de una manera mucho más fácil y genial: disminuyendo los objetos, por lo que se hace naturalmente más fácil mantener el orden en los cuartos y closets. Que de esta manera ellos aumentan sus bienes naturalmente no entra aquí en consideración, y sería tan equivocado reprocharles a los empleados domésticos estos detalles puramente casuales en su sistema de orden, como que se les regañara por el enorme consumo de alimentos en la cocina. Pues aunque yo no sepa explicar cómo ocurre el increíble consumo en una forma natural, soy suficientemente optimista como para suponer que la cocinera se seguía en su actuación únicamente por la buena intención de ofrecer siempre a sus patrones comidas y bebidas frescas, y, de esta manera, especialmente buenas. Es

extraño que éstos nunca reconozcan adecuadamente esta buena voluntad. Pareciera que nunca quisieran tener orden en la casa, pues cuanto más esfuerzan todos los empleados domésticos en acercarse al fin último de su filosofía—el orden “absoluto”—menos éxito tienen, debido a que sus patrones vuelven a comprar con incansable paciencia los mismos objetos, contrariando así de nuevo la actividad de sus subordinarios. Esto se nota muy bien, porque especialmente desaparecen con bastante regularidad los nuevos objetos adquiridos, mientras los más viejos, en primer lugar los dañados, suelen permanecer fielmente con su dueño. Debido a esta silenciosa lucha recién mencionada, que existe entre patrón y sirvientes con suerte variable, hasta hoy no se encuentra realmente un orden en la casa. Y puedo invitar al lector a entrar conmigo unos minutos a la “Sala”, para convencerse de que en realidad el amueblado es europeo.

Como los habitantes de Chimax no están de acuerdo si la palabra española “sala” corresponde a la palabra alemana “Saal”, o a la palabra franco-alemana “Salón”, deseo mencionar que este cuarto hace el papel de lugar de recepción a visitas, pero en casos de fiesta se sube a una cantina. El cuarto está alfombrado; encima de la mesa redonda, frente a la entrada principal, se encuentran unos libros, alrededor de la mesa hay unas sillas de mimbre, más o menos simétricas, y sillas mecedoras; en las paredes vemos unos armarios con libros de la biblioteca de la casa y con antigüedades indígenas; también vemos, además de muchos floreros que siempre se mantienen vacíos, una lámpara inglesa que tiene la especial característica de quemar mucho petróleo, sin lograr dar suficiente claridad. Fotos, bonitos cuadros de oleografía y un gran espejo adornan las paredes. En una esquina se encuentra un piano cubierto de cuadernos de música. También mi violín tuvo allí por mucho tiempo su lugar, hasta que lo castigué con el exilio a Alemania. Durante el viaje a través del Océano Atlántico todavía me dió muchos ratos agradables, pero apenas llegado aquí, se reveló como muy mala criatura. Por pura malicia despegó su mástil del cuerpo y apenas reparado el daño, se abrió la media caja de resonancia. Con mi paciencia también hice arreglar esto, pero al cabo de poco tiempo se declaró en huelga una clavija, la cual no se dejaba mover, prefiriendo quebrarse antes de ceder en su obstinación. Enojado dejé el instrumento a un lado, y cuando miré unas semanas después, ya había perdido su mango de nuevo. La gente dijo que la humedad tenía la culpa, pero yo sé y estoy convencido, que después de lo ocurrido con los criados, cualquiera tiene que aceptar mi veredicto. También el piano era antes un mal compañero. Muchas teclas

tenían el capricho de no dar ni un sonido cuando se les tocaba, salvo que se les hubiera asoleado. Resulta que para tocarlo primero había que sacarlo al sol, y cuando hacía mal tiempo, no se podía tocar. También en este caso la gente decía que el clima húmedo era el culpable, pero no tenían razón ya que se ve por la inscripción en letras grandes en el instrumento que está construído para todos los climas. El trabajo unido de dos fabricantes de pianos hizo finalmente entrar en la razón a este instrumento; el futuro nos dirá por cuánto tiempo.

Si abandonamos el cuarto llegamos a un corredor que pasa por toda la parte interior de la casa, parecido a las Arcadas de Munich, pero no adornado con frescos de Rottman y dísticos reales, sino que con pilados costales de café y unos termómetros. El espacio entre ambas partes de la casa que se juntan en forma rectangular, lo ocupa un jardín encuadrado de escaramujos. Este casi no está cuidado, pero todo el año crecen flores gracias a la buena madre naturaleza, y más no se le exige. El huerto del otro lado de la casa está algo abandonado, aunque crecen muy bien en cada estación casi todas las plantas anuales que se pueden encontrar en un huerto alemán. Como la cocinera no sabe preparar estas verduras, hay, por cierto, poco estímulo y razón para cultivarlas y cuidarlas, salvo aquellas clases que no exigen mayor preparación, como los rábanos blancos. Casi todas las variedades de frutas que crecen en Alemania nos hacen falta aquí, pero en su lugar hay numerosas clases de frutas tropicales y subtropicales, con cuyos nombres y características no quiero ocuparme aquí.

Atrás de la casa está el "Patio", una gran era de ladrillo paneja amurallada, donde se seca el descascarado café bajo el sol. Enfrente de la vivienda está la casa de máquinas donde se trabaja el café. ¡Cómo giran las ruedas, cómo corren las correas de transmisión, cómo trabaja la máquina de vapor todo el Santo día! Y qué trajín domina la calle grupos de muchos o pocos indígenas cargan jadeantemente los pesados costales de café. A menudo vienen de otras plantaciones de café lejanas. Y en largas colas esperan las yuntas de bueyes de dos ruedas para llevar el café ya procesado hacia el puerto fluvial de Panzós. Pero hoy todo está tranquilo y silencioso, pues, ¡es día de Pascua!

Alrededor de las casas observamos cafetales con su agradable verde intenso, y vemos incontables platanares sembrados en medio de los cafetos para darles sombra. Si deseamos ir a la cercana ciudad, nuestro camino pasa nuevamente por entre los cafetales. ¡Café y siempre café en la naturaleza, y en nuestra diaria conversación, en el comercio y en las casas! Si deseara una vez la ciudad de Cobán elegir un escudo (

armar escogería sin duda un cafeto como su símbolo.

Las casas y chozas de Cobán (1,313 m sobre el mar) están agrupadas pintorescamente, y en su gran mayoría, muy dispersas en la cumbre y los declives de una suave colina, cuya parte hacia el sur está bañada por el río Cobán. Casi sin excepción las casas son de un solo piso, lo que constituye enormemente a la comodidad de la vida ya que no hay que estar con el temor de que uno de los más o menos frecuentes terremotos haga caer el piso superior de la casa. La ciudad de Cobán cuenta, según censo de 1880, con 4,600 habitantes. Calles anchas, casi siempre cruzándose rectangularmente, atraviezan el lugar. La plaza del mercado, cuya forma se acerca a un rectángulo oblongo, está situada en la cumbre de la colina. Allí es el centro del movimiento. Muchas mujeres indígenas se acurrucan en el suelo delante de la iglesia, luciendo sus bonitos trajes (falda azul, güipil blanco muchas veces bordado de rojo y cintas rojas en sus trenzas) y ofrecen en venta sus tesoros a los transeuntes que con dificultad pasan en medio de gente y canastos: *tortillas*, huevos, café molido, granos de cacao, pimienta española y cosas análogas. En el mismo lugar se encuentran también tiendas de todas clases, entre ellas agencias de las dos casas comerciales alemanas de Cobán. Allí se puede comprar todo lo que desea el corazón del indígena, del mestizo (Ladino) o del blanco: perlas de vidrio y telas para vestidos, machetes y vasos de vino, sillas de montar y colchas de lana, martillos y ropa interior, traste de cocina y pinturas, aperos agrícolas y adornos, petróleo y aguardiente, vino, cerveza y conservas en latas, sin mencionar muchas otras cosas colocadas aquí para la venta. Solamente cuchillos, tenedores y cucharas se buscaría inútilmente por el momento, porque a los ladinos les sobrevino de repente un tempestuoso entusiasmo de civilización que ya confinaba con fanatismo cuando, en diciembre del año pasado el Presidente de la República honró a la ciudad de Cobán con su visita. La antigua costumbre de llevar la comida a la boca con la tortilla, y, en caso de necesidad, con la mano, les pareció, de repente, impropio para ellos, la clase dominante de la población del país. Y así, se dedicaron a comprar en pocos días todas las reservas de estos aparatos auxiliares hasta el último invendible artículo. Si todavía están hoy usando estos modernos instrumentos auxiliares para comer o si regresaron a su patriarcal costumbre después de la salida del Presidente, es algo que no sé, pues no tengo ninguna relación con las familias ladinas. ¿Qué tendría yo que buscar ahí? Pláticas para cultivar el ingenio seguramente no encontraría, los placeres musicales que la hija de la casa, por ejemplo, le quiere presentar a uno

con ayuda de un piano desafinado, no siempre llaman la atención, y para admirar mediocres bellezas a quienes falta todo trasfondo intelectual y mental, no cualquiera es apto. Las malas lenguas son, además, de la opinión, que la falta de carácter es un rasgo característico en la naturaleza del ladino, el cual a pesar del odio y la envidia que siente en contra de todos los extranjeros obtiene de estos un cierto apoyo y marcada dirección. ¿Será que tiene el mundo razón con esta aseveración?

Pero regresando a la plática de la plaza del mercado y de sus particularidades, hay que mencionar a la iglesia, cuya blanqueada fachada es tan deslumbrante ante el brillo del sol, que hay que cerrar involuntariamente los ojos. La iglesia es muy grande y contiene numerosos altares decorados con muy poco gusto, delante de los cuales se pueden encontrar a piadosos ladinos o mujeres indígenas arrodilladas. A continuación le siguen las construcciones de un piso de las oficinas de las diferentes autoridades, las oficinas del Juzgado y de la administración pública, el correo, el telégrafo, la Guardia Civil, y otras más; un bonito portón con un reloj caprichoso para dar las horas concluye la plaza. Pero la principal decoración de la misma, así como de toda la ciudad, es sin duda el imponentemente planificado Palacio Gubernamental de varios pisos, que está desde hace años sin terminar y sin techo, pero cuya conclusión está preparándose ahora muy seriamente. Con tal fin se decretó el impuesto de 1 Real (más o menos 40 Pfennig) al mes por cada habitante masculino del Departamento que tenga entre 18 y 60 años. Aunque yo me temo que van a haber dificultades con el cobro de este impuesto, ya que los indígenas en su gran mayoría no saben cuántos años tienen. Pero por lo demás, los indígenas se van a sentir muy lisonjados por haberseles considerado en esta ocasión enteramente como ciudadano: en una República cada ciudadano debe ser tenido como igual al otro, y es buen gesto de justicia por cierto, si el indígena que gana al mes un promedio, más o menos, de 11-1/2 Pesos (12 Reales) esté colocado al mismo nivel que el de los habitantes más acomodados, que tienen un ingreso mensual de varios cientos de Pesos. ¡Oh! estos son excelentes arreglos y principios en un Estado republicano como lo es Guatemala. Y como yo estoy tan entusiasmado por la situación de este país, no deseo concluir esta nota sin calcular mentalmente qué porcentaje del dinero reunido a través de este impuesto será usado para el Palacio y qué cantidad se extraviará antes

En las arcadas de los edificios públicos que rodean la plaza del

mercado se ve a ciertas horas el mundo militar: orgullosos oficiales en pantalones rojos y elegantes botas de charol y soldados rasos en sus sencillos pero no feos uniformes, descalzos o con sandalias. Naturalmente, no me es posible juzgar las cualidades militares de estos hombres en calidad de profano. Y de su posición social tampoco es posible hacerme una idea clara por cuanto no tengo el honor de frecuentar sus círculos. No quiero dar paso en este lugar a los rumores que el mal mundo pone en circulación; de interés para círculos mas amplios solamente ha de ser el saber que alguien vió a un oficial de guardia luciendo su uniforme, mientras se ocupaba de su oficio como sastre, lo cual yo a la vez tengo que reconocer como una medida muy eficaz de distraerse, si es que no fue una ilusión óptica. Menos alegre me puso la noticia que tal hombre noble que se había dado como tarea de toda una vida hacer y componer zapatos para sus prójimos—entre ellos yo—cambió de opinión y lo hicieron Capitán.

Una diversión agradable en la vida diaria son los conciertos de música militar que son presentados varias veces a la semana en la plaza del mercado o en jardincitos públicos, delante de la entrada a la ciudad. Aunque no se debe de exigir mucho de sus ejecuciones, tampoco hay que despreciarlos, tomando en cuenta la educación de los miembros de la banda. Una distracción más agradable y atractiva son las tertulias y fiestas que se realizan en las familias alemanas o en el Club Alemán, y no puedo evitar dejar de invitar al lector para que me acompañe por un momento al restaurante de la Asociación. El restaurante es muy importante por lo menos para los alemanes de Cobán. Uno debería de desconocer por completo el carácter de los alemanes, si creyera que todos los alemanes aquí residentes pertenecen al Club, pues estar de acuerdo nunca ha sido nuestra característica más fuerte. De todos modos, la mayoría de los alemanes residentes se reunió en este Club, y se creó así un centro social. El lugar donde se celebran las reuniones es una construcción sencilla (propiedad de la Asociación) en el centro de la ciudad. Varios periódicos y revistas están a la disposición de los lectores; un billar ofrece agradable distracción, y la pista de bolos reúne muchas veces a una gran cantidad de asociados en el juego común; pero casi sin interrupción, varios hombres están sentados, hora tras hora, jugando el inevitable juego de naipes *Skat*. Los instrumentos de esgrima (florete y sable) que cuelgan de las blanqueadas paredes no sirven únicamente de adorno, sino también para el ejercicio. Y también Gambrino, cuyo retrato a colores adorna las paredes, junto a cuadros y escudos patrióticos, nos invita sin éxito a tomar, aunque la cerveza

cuesta relativamente mucho (una botella de cerveza Hacker vale 6 Reales, es decir, más o menos 2.40 Marcos). En las fiestas se reúnen todos los asociados presentes del Club, más algunos invitados amigos, para pasarla en alegre ronda y divertirse con cantos, pláticas, y eventualmente también con exposiciones musicales o poéticas, según el típico modo de ser alemán, a quien a la vez, tampoco se le olvida beber. En el Club, el delicioso líquido es llevado a la boca en considerables cantidades y en recipientes de diferentes tamaños, desde el vasito de un cuarto hasta de un original tarro de Munich, lo cual despertaba la gran sorpresa de la gente del país que se encontraba presente, y la de los indígenas que espiaban a través de las ventanas.

¡Se ve que el alemán vive bastante agradable aquí, en este país extranjero! Y mostrar esto fué el propósito de estas líneas.